

APUNTES PARA UNA TEORÍA LITERARIA CONSTRUCCIONISTA

Luis Felipe González G.¹

*Nosotros, como todos los fugitivos,
como las flores que no se pueden contar
y como las bestias que no necesitan recordar,
vivimos en el presente.*

W. H. Auden

*La ciudad espera y sufre.
La hierba estalla entre las piedras,
y está verde de vida.*

Sylvia Plath

Resumen

Las relaciones entre literatura y psicología, en este caso el construccionismo social y las teorías literarias estructuralistas, se constituyen como una propuesta integradora de una «teoría literaria construccionista», donde la apertura a procesos de comprensión de la vida social vayan más allá de las actuales perspectivas de la intervención en el campo de la psicología narrativa. Así, mediante algunos pretextos poéticos (Borges, 1980) y la utilización de los géneros literarios para la interpretación de las relaciones sociales (Gergen, 1992), se proponen algunas nociones iniciales para el desarrollo ulterior de trabajos de investigación y estudios sociales que integren la literatura, sus convenciones estructuralistas y los postulados generales del enfoque construccionista social.

Palabras clave

Teoría literaria, estructuralismo, construccionismo social, lenguaje, narrativa.

¹ Psicólogo, Docente investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Santo Tomás. Proyecto de investigación: «Comprensión de las teorías literarias estructuralistas en el desarrollo del yo narrador dentro del enfoque construccionista social». E-mail: luisgonzalez@correo.usta.edu.co

Abstract

The relations between literature and psychology, in this case the social constructionism and the literary theories structuralists, are constituted as an of integration offer of one "literary theory constructionist", where the opening to processes of comprehension of the social life they go beyond the current perspectives of the intervention in the field of the narrative Psychology. This way, by means of some poetical pretexts (Borges, 1980) and the utilization of the genders for the interpretation of the social relations (Gergen, 1992), proposes some initial notions for the subsequent development of works of investigation and social studies that integrate the literature, her conventions structuralists and the general postulates of the approach social constructionism.

Index terms

Literary theory, structuralism, social constructionism, language, narrative.

Son indudables las tendencias estructuralistas en la aparición del movimiento construccionista social, por lo menos en la noción de los relatos que recorren la vida social de las personas. De forma constante, estos relatos cotidianos muestran, en gradientes, formas emocionales que se podrían definir en términos de ascensos y descensos vitales: la vida de una persona, en un día, está atravesada de diversos momentos que la obligan a tomar decisiones rápidas, no todas exentas de turbaciones morales, espirituales y sentimentales. La sensibilidad de esa misma persona puede estar relacionada con los acontecimientos de un noticiero matutino, de la presión ante un examen o del interrogatorio sobre lo que hizo en una reunión insoportable a algún amigo o amiga cercano.

Dichos relatos están impregnados de notorias valoraciones emocionales, como se dijo, y permiten por esta razón integrarlos en lo que denominó Frye «categorías narrativas» (Eagleton, 1994), las cuales fueron una de las primeras aproximaciones a un sistema literario que reuniese en constantes narrativas las múltiples y desordenadas apreciaciones subjetivas que sobre las obras literarias se realizaban en el mundo occidental, por lo menos dentro del campo de la crítica lite-

ria. Al respecto, afirma Eagleton que: "En la raíz de toda literatura se encuentran `cuatro categorías` narrativas –lo cómico, lo romántico, lo trágico y lo irónico– que podrían corresponder respectivamente a los cuatro *mythoi* de la primavera, el verano, el otoño y el invierno" (1994: 115).

Así, con este marco categorial se entiende en dos sentidos las construcciones que Gergen (1992) propone acerca de los registros de éxito y fracaso (evaluación en tiempo e intensidad de la historia personal) y la relación de figuras hasta hace algunas décadas exclusivas de los análisis literarios (como son el concepto de héroe, villano, narrador, narratario, entre otros).

El primer sentido es el de la **forma**. Las categorías narrativas (lo cómico, lo romántico, lo trágico y lo irónico) definen las formas de interacción social, permitiendo que el significado social tenga sentido y, sobre todo, sea inteligible para el resto de personas: "En general, estamos dispuestos a aceptar como `verdaderos` sólo los argumentos de vida que se acomodan a las convenciones vigentes" (Gergen, 1992: 210). Es decir que las formas (estructuras) caracterizan, en un

primer nivel de aproximación, el sentido que la narración establece. De este modo, se podría contar una historia con la secuencia de una novela romántica y los interlocutores sabrían que la posición del protagonista sería de la tener un final feliz (o triste, de acuerdo con el sentido de desesperanza moderna que se le impregne), adecuado y sostenido con el fin de lograr el efecto de asombro –para retomar todavía algún rezago formalista– y luego la afiliación sentimental a dicho protagonista cuando vea cumplidos sus sueños de relación placentera con su objeto amado.

Lo mismo ocurriría con lo trágico: el héroe, para el caso, tendría que enfrentar en su propia persona algún infortunado incidente que le obligue luego, con todas sus fuerzas y su propio destino, a sortear las incómodas relaciones que el mundo le ofrece con el único fin de lograr también sus sueños, así éstos no estén invadidos del sentimiento amoroso centrado en alguien. Aquí lo importante sería la revalidación constructiva de su destino autoimpuesto y permitir su consagración a otros.

Hasta aquí las cosas irían bien, o por lo menos las relaciones no tendrían inconvenientes –estaríamos gobernados por las categorías narrativas como en una inmensa mezcla de géneros dispuestos a una comunicación abierta– para la comprensión social; sin embargo, qué ocurriría si una persona cuenta (bajo una modalidad de aventura o de romance) sus recientes amoríos con algunos personajes, por lo demás zombis del siglo XVII (para ser más exactos, tres pobladores antiguos de una comarca medieval italiana, expertos en artes adivinatorias), herederos de alguna fortuna directamente ofrecida por extraterrestres de un futuro lejano y que le permiten la transmutación instantánea de su cuerpo en prácticamente lo que desee; dicho relato –viable en su estructura– produciría en el auditorio no menos risas y sí una temporada en alguna clínica de reposo (si esos

mismos interlocutores no son comprensivos, y peor si son ciertos profesionales de las ciencias humanas).

En este nivel de explicación, la estructura no es suficiente para las relaciones sociales. Se tiene entonces que acudir al segundo sentido en el análisis: el **contenido**. Gergen afirma: “Pero la historia personal es una propiedad cultural no sólo por lo que atañe a las formas del argumento: el contenido mismo de tales relatos depende de las relaciones sociales” (1992:210). Esto implica necesariamente que más allá de una estructura sólida, de sentidas aproximaciones estilísticas, es preciso que las palabras que forman parte de la estructura sean socialmente construidas, con valoraciones culturales concretas y, sobre todo, que sean aceptadas como medios de comunicación entre las personas involucradas.

Se podría afirmar, con el ejemplo anterior, que la historia referida podría tener impacto significativo si se enmarca dentro de una serie de presupuestos literarios que den cuenta, por decir algo, de una propuesta fantástica, en la que la escritura tenga en sí misma la propiedad de restituirse como agente constructor de nuevas realidades. Así:

La escritura, como ejercicio de elaboración del lenguaje, cuestiona la naturaleza misma de esa herramienta y crea un nuevo espacio virtual que es el texto, en el cual el lenguaje se recrea en su función autorreferente al integrar otros textos provenientes de otros discursos, de otros textos (Mauro, T., 1998: 35).

De esta manera, la estructura se complementa de forma integral a un nuevo espacio que se constituye con la palabra creada, donde la posibilidad de invención se renueva en la medida de nuevas combinaciones semánticas, manteniendo, eso sí, el objeto de las palabras dentro del

contexto social; esto es, que para retomar el ejemplo del relato «fantástico», se tendría que adoptar la posición de un narrador imaginario que se dirige, mediante convenciones aceptadas socialmente, a un auditorio que comparte los significados en torno a una «creación novedosa» que amplíe las nociones de lo real.

Se podría afirmar, entonces, que una característica fundamental de los aportes del estructuralismo al construccionismo social sería en la capacidad de aceptar la «estructura» resistiéndola, adaptándola a nuevos matices y en la que su lenguaje constitutivo se convierta en una mezcla maleable de significados arbitrarios, pero no estáticos. Se abre la posibilidad de abrir nuevas nociones de la realidad: opciones antes consideradas como no inteligibles dentro del seno de las estructuras científicas estáticas. Es decir:

Ya no hay más que un solo objeto fantástico: el hombre mismo y su destino. El hombre normalmente no es capaz de percibir la realidad en sus diferentes dimensiones. La escritura, por lo tanto, adquiere una función múltiple, planteando no sólo el miedo o el misterio, sino también la ambigüedad y la angustia que provoca un mundo que no percibimos. La escritura descubre otras dimensiones que se instalan en la vida cotidiana, en la que lo irracional se mezcla con lo racional para dar lugar a las infinitas posibilidades de la mente, a la especulación filosófica sobre el amor, la muerte, el destino (Mauro, T, 1998: 32).

El descubrimiento de dimensiones novedosas en la vida cotidiana no ocurre con una simple explicación irracional y provocadora de posibles trastornos emocionales o delirios de un intelectual en desuso; por el contrario, son estas experiencias la comprobación literaria y real de los recursos infinitos con los cuales el hombre puede construir sus relaciones y proporcionarse placer en la medida de sus mismas interacciones. Las sensa-

ciones de bienestar del relato, en este sentido, implican no sólo su solidez estructural (qué se quiere decir y a qué tipos de movimientos narrativos obedece), sino las cadencias, los movimientos, las contradicciones implícitas del discurso que hacen posible la creación y la sensación de un cierto abandono deseado.

Por otro lado, el lenguaje se constituye como la fuente continua de transformación cualitativa que permite producciones sociales siempre renovadas y abiertas a múltiples interpretaciones. De todos modos, y frente a esta transformación, es necesario retornar, de nuevo y siempre de nuevo, a las formas clásicas de comprensión y restituir a las palabras ciertas constantes de significación. Para volver a Gergen, y de acuerdo con esta premisa, los límites se vuelven importantes:

Si queremos hacer inteligibles nuestros recuerdos para nosotros mismos o para los demás, tenemos que utilizar el lenguaje disponible en la cultura, que fija límites esenciales en cuanto a lo que legítimamente podemos considerar un recuerdo (1992: 210).

El recuerdo, piedra angular de la existencia, posibilidad de asombro y de desencanto, establece las relaciones profundas con la vida, sostiene la esperanza y la opción constante por la recuperación cada vez más imponente de los momentos vividos y establece el acento hacia aquellos recuerdos que, por más que se intente, no logran el paso a una conciencia limpia, definida, real y creada.

Borges, al respecto, en uno de sus poemas sostiene esa reflexión y su conclusión es inapelable:

Everness

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.

Dios, que salva el metal, salva la escoria

y cifra en Su profética memoria

las lunas que serán y las que han sido.

*Ya todo está. Los miles de reflejos
que entre los dos crepúsculos del día
tu rostro fue dejando en los espejos
y los que irá dejando todavía.
Y todo es una parte del diverso
cristal de esa memoria, el universo;
no tienen fin sus arduos corredores
y las puertas se cierran a tu paso;
sólo del otro lado del ocaso
verás los Arquetipos y Esplendores.*

En este caso, por lo demás vívido en tanto sus amplias comprensiones estructurales y significativas, el olvido, por oposición a la memoria, es lo permanente: contradicción suprema que se vuelve a sí misma como en un destello de renovación, más allá del tiempo. El olvido que se recupera en sus nociones no visibles, pues queda aún, a pesar de los minutos deshechos, el reflejo instantáneo de una figura frente al espejo (aquel espejo que guarda el tiempo, la sonrisa, el cabello, las posibilidades de un pasado-futuro simultáneo), figura que con el paso de las horas se transforma a su antojo y muestra nuevas facetas. Como siempre, y en constancia con las repetidas imágenes borgeanas, el laberinto no es un problema físico, sino de límites imaginariamente infinitos. Sólo al final el arquetipo, la idea común, el sueño utópico de totalidad, salvará el camino hasta ahora hecho de imágenes confusas, de lazos inestables y de correspondencias tímidas.

Para seguir con Borges, la memoria, que es el conjunto de experiencias acerca de la vida, propone una alternativa, por lo demás inestable, a una cierta esperanza de perpetuidad dentro de la vida moderna. Si se observa esto a partir de una mirada estructuralista, en la que sus procesos fuesen identificados como constantes y capaces de adaptar la realidad concreta y particular a formas globales de comprensión, la tesis no podría tener un asidero seguro; por el contra-

rio, la sensación de seguridad podría venirse al piso y las consecuencias, en el plano de las relaciones cotidianas, tendrían tintes de catástrofe.

Efectivamente, la catástrofe sobreviene, pero es bien recibida. El instante se constituye como una noción que amplía las relaciones frente a futuros asegurados y derrumba, por lo menos en ciertas circunstancias, las tendencias a pensar la realidad como un todo ordenado e inmutable:

El instante

*¿Dónde estarán los siglos, dónde el sueño
de espadas que los tártaros soñaron,
dónde los fuertes muros que allanaron,
dónde el Árbol de Adán y el otro Leño?
El presente está solo. La memoria
erige el tiempo. Sucesión y engaño
es la rutina del reloj. El año
no es menos vano que la vana historia.
Entre el alba y la noche hay un abismo
de agonías, de luces, de cuidados;
el rostro que se mira en los gastados
espejos de la noche no es el mismo.
El hoy fugaz es tenue y es eterno;
otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.*

El tiempo se transforma entonces en la sucesión de recuerdos que constituyen la acción humana. La cotidianidad se entiende como la restitución de dos formas de significación: la atada a estructuras sociales y la referida a la significación propia de los conceptos. De este modo, las pequeñas circunstancias, los actos considerados como triviales y poco explicados, se convierten en las grandes actuaciones en la constitución de los sujetos sociales.

De este modo, es posible aquí discutir la importancia que tiene el lenguaje como una opción viva en la constitución de las disciplinas humanas y sociales. Roland Barthes, en su texto *El susurro del lenguaje*, muestra una interesante postura

acerca de la diferencia inicial entre la ciencia (recogiendo aquí la disciplina psicológica para efectos de este ensayo) y la literatura frente al manejo del lenguaje y al mismo estatuto de la ciencia en cuanto ciencia.

Por esto mismo, una de las mayores preocupaciones del proyecto de investigación acerca de la emergencia del yo narrador dentro del discurso construccionista social es aclarar y dejar sentadas algunas nociones que justifiquen histórica y contextualmente la necesidad de ampliar el horizonte como se abordan las situaciones sociales en nuestra sociedad posmoderna.

Una de estas nociones es el carácter interdisciplinar del construccionismo social hacia formas literarias que lo justifiquen como enfoque dentro de la psicología; por esto mismo, es preciso retornar al lenguaje, a la forma como se construye dentro de las disciplinas científicas, y dilucidar cuáles son las implicaciones de sus diversas alternativas de formación.

Una alternativa del lenguaje para la ciencia, desde la perspectiva de Barthes, es clara, inobjetable en apariencia, pero que muestra así mismo sus flaquezas para comprender las acciones cotidianas. Así, el lenguaje para la ciencia "...no es más que un instrumento que interesa que se vuelva lo más transparente, lo más neutro posible, al servicio de la materia científica (operaciones, hipótesis, resultados) que se supone que existe fuera de él y que le precede..." (1994: 14).

Esta posición del lenguaje muestra, como un ejemplo totalmente evidente, la necesidad de su utilización en términos de una profunda correspondencia con el mundo real, limitándolo y transformándolo en aras de una supuesta objetividad, que por lo demás deja a un lado toda producción que no pertenezca a este mundo cerrado, fríamente organizado y carente de su propia y sentida autoobservación.

El lenguaje en la literatura, por el contrario, muestra una cara que recoge las expectativas más diversas y contradictorias de la experiencia humana: "...el lenguaje es el ser de la literatura, su propio mundo: la literatura entera está contenida en el acto de escribir, no ya en el de «pensar», «pintar», «contar», «sentir»" (Barthes, 1994: 15). Es decir, ir más allá de la simple apreciación subjetiva de un mundo externo, estereotipado y coherente. El impacto es contundente: "Desde el punto de vista ético, es simplemente a través del lenguaje como la literatura pretende el desmoronamiento de los conceptos esenciales de nuestra cultura, a la cabeza de los cuales está el de lo «real»" (Barthes, 1994: 15).

Sólo de este modo el construccionismo se relaciona con los postulados de la teoría literaria estructuralista como una posibilidad de construcción permanente de lo real en múltiples formas y en ángulos antes considerados como meramente estilísticos y producto de mentes «geniales», que descifran códigos y los transforman en conceptos ampliamente «estilizados».

Lo más interesante de este período de conceptualización de Barthes sobre el estructuralismo y las relaciones de la literatura con la ciencia es la plasticidad del movimiento frente a la transformación continua del lenguaje y su capacidad de escribirse a sí mismo, de pensarse en tanto su opción de alternar posturas de invención.

Por otra parte, y para retomar otro autor representativo de la corriente estructuralista, como una serie de aperturas de segundo grado, en el que la obra misma pueda ser el origen y desarrollo de múltiples posturas interpretativas centradas en un juego de relaciones que vaya de la creación propia de un autor inicial (con su dominio de horizontes creativos) a la recepción del lector (que encarna también otro dominio, pero centrado en horizontes de interpretación novedosos) (Eco, 1992,1998).

Es decir que el estructuralismo, desde las perspectivas anteriores, va más allá de una adecuación histórica de las formas a los contenidos de los relatos particulares:

En una palabra, el estructuralismo nunca será más que una «ciencia» más (nacen unas cuantas cada siglo, y algunas de ellas pasajeras), si no consigue colocar en el centro de su empresa la misma subversión del lenguaje científico, es decir, en pocas palabras, si no consigue «escribirse a sí mismo» (Barthes, 1994: 17).

En últimas, habría que eliminar la posición de un lenguaje-objeto que intente aislar los principios de la realidad; es más, permitir la expansión de diversas formas de interpretación que cumplan con el sentido de una transformación vital de las estructuras que hasta ahora se han centrado en mostrar una realidad hecha de conceptos inserviles, con poca utilidad social y sobre todo sin la posibilidad de la interlocución con las comunidades a las que pertenece la historia de la ciencia. Por ello, una de las intenciones de poder hacer este tipo de relaciones entre literatura y psicología es permitir la expansión de estudios novedosos que miren los ángulos y esquinas olvidadas de la realidad. La única posibilidad desde aquí es retomar el concepto de escritura que Barthes insistió con prontitud dentro de sus estudios literarios:

...la noción de «escritura» implica efectivamente la idea de que el lenguaje es un vasto sistema dentro del cual ningún código está privilegiado o, quizá mejor, un sistema en el que ningún código es central, y cuyos departamentos están en una relación de «jerarquía fluctuante» (1994:19).

De acuerdo con esta afirmación, la supuesta primacía de la jerarquía del discurso científico se desbarata en tanto su afirmación egoísta y «extrañamente aislada» de las experiencias cotidia-

nas, las cuales implican no sólo una interpretación inicial por parte de su autor, sino una revalidación permanente con el universo enciclopédico del lector. En palabras de Culler: “Si la experiencia del lector es una experiencia de interpretación, entonces uno se encuentra mejor situado para hacer la próxima declaración en la que la experiencia es el significado” (1984: 40).

De acuerdo con las ideas expuestas anteriormente, se puede afirmar que una de las mayores preocupaciones de Culler, en lo referido a estas líneas, es la posibilidad de pensar al lector como una posibilidad abierta de interpretación que sostenga las apreciaciones sobre el texto, cualquiera que sea su índole, y de esta forma hacer un ejercicio de crítica en contexto, bajo modalidades subjetivas sociales e históricas y, al mismo tiempo, con una profunda convicción acerca de lo que se dice y cómo se dice. Esto implica una serie de alternativas frente a los discursos que toman forma dentro de las teorías críticas.

Si por una parte es importante ver la relación del estructuralismo en la formación del yo narrador, dentro del construccionismo social (tanto en un sentido de forma como de contenido en la caracterización de los relatos) es relevante ver que dicha postura crítica literaria constituye un buen pretexto para abordar el sentido de lo entendido acerca de «teoría», así como sus relaciones con los objetos literarios.

Hablar propiamente de crítica literaria o de teoría crítica o de teoría literaria (el autor menciona estos conceptos como similares) implica la necesidad vital de considerar este cuerpo de teorías frente a distinciones acerca de las disciplinas clásicas con las que se ha abordado el conocimiento. No es, entonces, para establecer diferencias: “...intento de determinar la validez o invalidez de procedimientos interpretativos concretos...” (Culler, 1984: 14) o “...el intento de eliminar errores metodológicos para situar a la

interpretación en la senda correcta" (Culler, 1984:14). Por el contrario, es preciso establecer una relación, un diálogo con múltiples discursos que se podrían englobar en el concepto de teoría. Por lo anterior, "...lo que distingue a las obras que integran este género es su capacidad para funcionar no como demostraciones dentro de los parámetros de una disciplina, sino como nuevas definiciones que desafían los límites disciplinarios" (Culler, 1984: 14-15). Con lo anterior se cuestiona de nuevo, al igual que Barthes, el estatuto de las ciencias y la forma como se adopta el lenguaje en la construcción (no descubrimiento) del conocimiento.

De acuerdo con las nociones trabajadas anteriormente, es necesario establecer una propuesta que reúna dentro del construccionismo social, por una parte, la herencia de conceptos psicológicos útiles en la comprensión del mundo y, por otra parte, la inmensa posibilidad interpretativa que ofrece la teoría literaria; es decir que para el sostenimiento de un pensamiento renovador dentro del construccionismo social, que proponga relaciones novedosas entre los discursos y que abra posibilidades de interacción social mucho más diversas, será preciso hablar, de ahora en adelante, de una «teoría literaria construccionista», que no quede anclada en una disciplina específica, pero que tampoco desconozca su visión de mundo y la inmensa riqueza que entraña el lenguaje literario, a partir de la aproximación de obras concretas, clásicas, románticas y contemporáneas.

En este orden de ideas, se refuerzan los planteamientos de Barthes acerca del futuro del estructuralismo y más allá de una estrecha concepción científicista. Así:

Una mutación de la conciencia, de la estructura y de los fines del discurso científico: eso es lo que quizá habría que exigir hoy en día, cuando, en cambio, las ciencias humanas, cons-

tituidas, florecientes, parecen estar dejando un lugar cada vez más exiguo a una literatura a la que comúnmente se acusa de irrealismo y de deshumanización (1994: 20).

No abandonar la literatura, esa es la premisa máxima. Dejarla como un elemento de decoración, de subjetivización arbitraria y como gusto estético de algunos privilegiados y, por ende, aislados del mundo sería un despropósito. Una ofensa inocente, un retroceso a la época oscura y diletante en la que la mera percepción de un sentido culto ofrecía la posibilidad de la belleza. Habría entonces que buscar esta misma belleza en lo cotidiano, en lo fantástico, en las íntimas aristas que pocos han recogido. Así, la perspectiva del conocimiento se abrirá a límites insospechados. Quizá sólo a partir de allí el hombre será pleno y satisfecho de sus propias invenciones.

Esta satisfacción sólo puede darse en la medida de una profunda transformación en la forma como se aborda la ciencia, cómo se constituye y cómo circula en el medio social significativo. Al respecto, habría un camino esperanzador:

...la ciencia se convertiría en literatura en la medida en que la literatura –sometida, por otra parte, a una creciente transformación de los géneros tradicionales (poema, relato, crítica, ensayo)– ya es, lo ha sido siempre, la ciencia; puesto que todo lo que las ciencias humanas están descubriendo hoy en día, en cualquier orden de cosas, ya sea en el orden sociológico, psicológico, lingüístico, etc., la literatura lo ha sabido desde siempre; la única diferencia está en que no lo ha dicho, sino que lo ha escrito (Barthes, 1994: 20-21).

Escribir, escribir sin descanso, en medio de las acciones que nos dejan terriblemente cansados y desencantados, escribir como un proceso de construcción propia y de conjuro ante lo inevitable. Esa es la opción.

Bibliografía

AUDEN, W. H. *Parad los relojes y otros poemas*. Madrid: Grijalbo Mondadori S.A.

BARTHES, R. (1994). *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. España: Ediciones Paidós S.A.

BIOY C., A. (1993). *La invención de Morel*. Bogotá: Ediciones Norma S.A.

BORGES, Jorge L. (1980). *Nueva antología personal*. Barcelona: Editorial Bruguera S.A.

CULLER, J. (1984). *Sobre la deconstrucción*. España: Ediciones Cátedra S.A.

EAGLETON, T. (1994). *Una introducción a la teoría literaria*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, Ltda.

ECO, U. (1992). *Obra abierta*. España: Editorial Planeta-De Agostini S.A.

ECO, U. (1998). *Los límites de la interpretación*. España: Editorial Lumen.

GERGEN, K. (1992). *El yo saturado: dilema de identidad en el mundo contemporáneo*. España: Ediciones Paidós S.A.

PLATH, S. (1999). *Soy vertical, pero preferiría ser horizontal*. Madrid: Grijalbo Mondadori S.A.